

# EL ATENEO LORQUINO.

REVISTA CIENTIFICA, LITERARIA Y DE BELLAS ARTES.

AÑO II.

LORCA I.º DE SEPTIEMBRE DE 1872.

N.º XIV.



SUMARIO. *La Poetisa Safo*, por D. TOMÁS PRIAGO. *Un Año más*, por D. JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA. *La Envidia*, por D. ANTONIO GAYON. *Escribir por hacer algo*, por D.<sup>a</sup> ELADIA BAUTISTA Y PATIER. *La castellana de Kinnhas*, por D. CARLOS BARBERAN RODRIGO. *Suelto*.

## LA POETISA SAFO.

Desde las elevadas cumbres del Parnaso, monte en que los mitólogos suponen la morada de Apolo y de las Musas, se descubre á nuestra vista la Grecia, region heroica, cuyos límites no pudieron nunca determinar de una manera precisa los geógrafos é historiadores más ilustres de la antigüedad, y cuyas primeras noticias nos ha trasmitido el poeta Homero, génio eminente y de eterna memoria para todos los que aman las ciencias y las letras.

A ese país, que los sacudimientos volcánicos han dividido en multitud de islas, que vienen á ser como el lazo que sirve para unir la Europa con el Asia, que han hecho á unas admirablemente fértiles, y han dado á otras la mayor esterilidad; que han contribuido á que sus costas se presenten escarpadas, desiguales sus riberas, pequeños y profundos sus valles, abiertos casi todos sus golfos y bahías, prolongadas la mayor parte de sus penínsulas y cabos, descarnadas todas sus alturas, y á que la Morea, antes Peloponeso, venga á quedar como un macizo de rocas, con pendientes sumamente inclinadas hacia el mar.

A esa tierra clásica del arte, de la bella literatura, de las ciencias y de la filosofía; teatro del sentimiento, de la actividad y de la inteligencia; cuna en que se mecieron los varones más esclarecidos en los principales ramos del saber, como Polignoto, Leuxis y Apeles, llamado éste último el Rafael de los tiempos antiguos, que sobresalieron en pintura; Dédalo, Lisipo y el incomparable Fidias, en escultura;

Aristófanés, Eurípides, Sófoeles, Esquilo, el sublime Píndaro, la celebre Corina, el gracioso Anaeronte, el admirable Simónides y el inmortal Homero, ya precitado, en los varios géneros de poesia; Cimon, Pericles, Alcibiades, y el gran Demóstenes en Oratoria; Jenofonte, el joven Tucídides y el simpár Herodoto en historia; Proxágoras, Hipócrates y Galeno en medicina; Euclides, Arquímedes y Eratóstenes en ciencias exactas; Pitágoras, Sócrates, Aristóteles y su maestro el divino Platon en filosofía; y últimamente, Tales, Solon, Quilon, Pitaco, Bias, Cleóbulo y Periandro, apellidados los siete sabios de Grecia por sus vastísimos y útiles conocimientos.

A esa tierra, en fin, pertenecía, entre otras, una isla del mar Egeo, correspondiente á la Eolida, que se llama Lesbos, colonizada muchos años después de la guerra de Troya, y situada cerca de la costa occidental del Asia menor, ó Anatolia, y que en la actualidad forma parte del Imperio Turco. Su antigua capital era Mitilene, patria en que Safo, llamada con razon la décima musa, vió lucir la primera alboráda de sus dias.

Segun la opinion de Herodoto, era hija de Scamandrónimo y de Cleis; fué compatriota y al mismo tiempo contemporánea del poeta Ifrico Alceo, quien por ser un entusiasta y decidido republicano, se vió muchas veces en las más difíciles y penosas situaciones. Si bien es cierto que esta joven poetisa no era de extraordinaria belleza física, en cambio poseia una excesiva grandeza de alma, y una imaginacion ardiente en sumo grado; era de mediana estatura, pero de una gracia seductora; y aunque de tez morena, brillaba, no obstante, en su rostro la precocidad de su ingenio, y el fuego que se ocultaba en su corazón. Desde los primeros años de su niñez se fijaba con grande ansiedad en las estatuas de los héroes; llegando á desplegar tal afision por los espectáculos públicos, que no perdonó jamás medio alguno para asistir á ellos, en los cuales se deleitaba con exceso, contemplando á los atletas y luchadores.

Luego que hubo llegado á la edad de la adolescen-

cia, se dedicó á estudiar con el mayor ahinco la poesía erótica, tanto que no se ocupaba en otra cosa, sino en leer día y noche estos poetas, con cuya lectura llegó á sentir las más heroicas y tiernas emociones; el indecible entusiasmo que sentía por la educación de la mujer la indujo á reunir en su propia casa una porción de jóvenes, á quienes enseñaba con grande interés las artes y las bellas letras, y con especial preferencia la música y la poesía; entre todas las que formaban parte de aquel lucido coro de niñas descollaba una, que era su predilecta por su claro talento y extremada afición al estudio, la malograda joven Erina, célebre poetisa que dejó de existir á la prematura edad de 18 años, y que ocupará, á no dudarlo, uno de los primeros puestos en la lírica antigua.

Las poesías de Safo eran tan apasionadas y vehementes como el fuego que respiraba su alma; por lo cual los mitilenenses le tributaron un cariño tan extraordinario, que casi rayaba en adoración. Se le atribuyen nueve libros, que escribió en dialecto eólico, los cuales contenían muchas odas, himnos y elegías; de cuyas composiciones es de lamentar que solo se conserven dos odas; una á Venus y otra á una Lesbia, su rival. No pudiendo ajustar á sus versos los ritmos hasta entonces conocidos, se vió obligada á inventar la estrofa *trocáica*, que después se llamó *sáfica*, de su mismo nombre, la que posteriormente imitó Píndaro, y de cuya combinación métrica se valió también el poeta latino Horacio para escribir algunas de sus odas; como así mismo nuestro nunca bien ponderado compatriota el inmortal Villegas, aunque no con el éxito apetecido, por carecer todavía nuestro idioma de una prosodia completa y bien determinada, como la tenían los griegos y latinos. Aunque las dos odas arriba expresadas son una prueba evidente del genio poético y ardiente fantasía de la musa de Lesbos, sin embargo, la que dedicó á Venus es quizá la más notable por muchos conceptos; pero antes de presentar á nuestros lectores la traducción de tan interesante poesía, nos parece muy del caso exponer aun cuando sea brevemente las razones que, según se cuenta, tuvo para escribirla.

Vivia también en Mitilene un joven llamado Faon, comerciante opulento, y de unos veinte años de edad; era el más apuesto y gracioso mancebo, no solo de su país natal, sino de toda la isla; estaba tan versado en los ejercicios gimnásticos, que no había atleta, corredor ni luchador que le aventajase, en tanto grado que la fama de su nombre llegó á extenderse hasta más allá de los mares. Con motivo de unas fiestas que, todos los años por la luna nueva del mes *hecatombeon*, comprendido entre el 22 de Junio y el mismo día de Julio, se celebraban en honor de Minerva, en que al pomposo ceremo-

nial de los sacrificios seguían los juegos atléticos, y en que al final de los mismos se repartían los premios destinados á los vencedores, Safo, acompañada de su hermana Dorila y excitada por la curiosidad de ver á Faon, si es que tomaba parte, acudió, como de costumbre, á presenciar estos espectáculos.

En efecto, abrióse la palestra, en la que aparecieron varios atletas dispuestos al combate; pero como la concurrencia no veía entre ellos al joven Faon, le llama á gritos por su nombre. A poco se le deja ver en el palenque, y es aplaudido por la muchedumbre con el mayor entusiasmo; dirige su vista al público en todas direcciones, como llamando un rival, y nadie se presenta; hasta que al fin sale un atleta cretense, de extraordinaria altura, cubierto su cuerpo de vello, y de una musculatura excesivamente robusta; en una palabra, era un Hércules. Faon, sin embargo de tener una complexión más fina y delicada, al ver á su rival, suelta su túnica, y arrojándola á un esclavo, queda desnudo, sin más que el ceñidor atlético: todos los espectadores desconfían de que el joven Faon salga victorioso; no obstante, lucha con heroico valor y destreza, y consigue vencer á su adversario, mereciendo por lo tanto que el Juez del combate ciña su frente con la corona de laurel.

Safo entonces precipitada, se abre paso por entre la turba que se agolpaba para admirar al coronado atleta, y habiendo conseguido llegar hasta él, saca de su pecho un ramo de flores y se lo presenta juntamente con estos inspirados versos.

« El atleta gentil, bravo y fogoso  
Que en la lucha ha salido vencedor  
Es sin duda más bello que el amor,  
Y como Aquiles diestro y valeroso. »

Increible parece que la indiferente Safo, que jamás había llegado á ser completamente esclava del amor, rompiendo ahora su timidez, y olvidándose por tanto públicamente del decoro propio de su sexo, se expresara del modo que se observa en los anteriores versos: ¡Tan intensa era la pasión que en su alma llegó á sentir hácia aquel joven atleta!

Faon, admitiendo agradecido, pero con indiferencia el presente, dirigió sus pasos á otro punto, en donde una de las doncellas que entonaban himnos de victoria en derredor de él se lo arrebató, y á la que el atleta con su sonrisa dió á entender que se interesaba poco en conservar aquel ramillete. Safo al notar este inesperado desaire por parte del hombre que había robado su corazón, para ocultar su vergüenza, cubrióse el rostro con su velo y se retiró melancólica á casa de sus padres.

Desde entonces se convirtieron en dos arroyos de lágrimas sus negros y rasgados ojos, en que no ha mucho tiempo brillaba la más candorosa alegría; desde entonces ya no había consuelo para ella; el

recuerdo de Faon era su eterna pesadilla: desde entonces su esclava Rodopa, su hermana Dorila y sus ancianos padres se esforzaban a porfía por mitigar sus penas; y aunque empleaban todos los medios de que podían disponer, nada consiguieron; hasta que al cabo de instancias y exhortaciones, reveló á los autores de sus días todo el secreto de su amorosa pasión, manifestándoles además que su constante anhelo era solo el obtener la mano del que había salido vencedor en las fiestas de Minerva. Al escuchar esto su cariñoso padre, con el fin de aliviar algún tanto sus dolores, le ofrece hablar al objeto de su amor y ver si de este modo puede llenar cumplidamente sus deseos. Mas, ah! el infeliz anciano ignoraba que el corazón de tan honrado y valiente joven estaba prometido á la bella Cleonisa, que en hermosura podía decirse que era la Venus de Mitilene, y en candor y pureza de costumbres no cedía á ninguna de sus conciudadanas.

Sin embargo, el diligente Scamandrónimo salió al punto, no sin aconsejar antes á su querida y desdichada Safo que tuviera la suficiente resignación, si el hado le fuere adverso. Recorrió, en efecto, los sitios más públicos é importantes de la ciudad hasta encontrar á Faon; con el cual tuvo su ansiada entrevista, pero sin resultado alguno favorable. Entonces se dirigió sumamente contristado á su casa, en donde su amado hija le estaba esperando con impaciencia; la que, al verle entrar, le abraza y le pregunta si trae buenas noticias, á lo que su padre no pudo contestar porque el sentimiento de que estaba poseído embargaba su lengua; más á fin de no prolongar aquel horrible martirio, haciendo un esfuerzo extraordinario, rompe el silencio y le dice.

« He visto á Faon, mi querida Safo, el cual te ha colmado de elogios por tu talento, y de cuyos labios he oído con disgusto que le honraba en alto grado mi proposición, la que agradecía infinito; pero que tu enlace con él era imposible, porque la bella Cleonisa poseía su corazón; que había empeñado su palabra y no quería faltar á ella; que tenía precisión de embarcarse mañana mismo para Sicilia á evacuar algunos asuntos mercantiles que aun tiene pendientes por la muerte de su padre y que, terminados que fuesen, pensaba enlazarse con su amada y buscar en su compañía el único consuelo que aspira conseguir. Este lenguaje me obligó á no insistir más en mi propósito; pero oye la voz de un padre que te idolatra: yo te aconsejo que procures, como hasta aquí lo has hecho, distraerte con la lectura, con tus labores domésticas, con tus paseos ordinarios por nuestro delicioso jardín y sobre todo con los espectáculos, en donde tal vez puedas encontrar algún otro objeto que te haga olvidar tu primera elección. »

Al terminar estas palabras, Safo cae desmayada en los brazos de su madre, que á la sazón se hallaba presente; la palidez de la muerte se retrata en su semblante: á los gritos que exhalan sus afligidos padres, acuden los esclavos y su cariñosa hermana; todos se esfuerzan por volverla á la vida; abre por fin sus ojos y observa que todos están llorando en torno suyo. Entonces su madre, viéndola en aquella deplorable situación, pasándole solícita la mano por su rostro, le dijo:

« Seria una locura, hija mia, sacrificarle por un hombre en cuyo pecho se encierra tanta ingratitude; si le olvidases te puedo asegurar que hallarías muy fácilmente un tierno esposo. »

Pero Safo, reanimándose un poco exclamó:

« ¡ Ah, mi querida madre! jamás podré vivir sin él, que es el árbitro de mi existencia! »

Y después de pronunciar estas sentidas frases, arroja su velo, rasga sus vestidos, se descomponen sus hermosos cabellos, y más ligera que la inocente cierva que huye en el bosque herida por el dardo mortal, va á encerrarse en su aposento.

Sus padres, viendo ya apurados todos los recursos, apelaron á abandonarla al silencio de la soledad; pero encargando á Rodopa que no se apartase un momento de su lado, por ver si de este modo podían remediar en parte el lamentable estado en que su hija se encontraba. Todo fué en vano: desde aquel instante huyó el sueño de sus ojos; las lágrimas eran su único alimento.

Un día su esclava le aconsejó que debía consultar el oráculo, y que, si no tenía inconveniente, ella la acompañaría con mucho gusto. Así lo acordaron y las dos se ponen en marcha desde luego; y cuando llegaron al pié del monte en donde se hallaba la sagrada caverna, un temor religioso se apodera de sus corazones; acércanse á la entrada de la gruta; penetran en su interior: y después de cruzar ante sus ojos mil sombras mágicas, y espectros aterradores, Safo consulta el oráculo; y poniendo entonces la Pitonisa sobre el altar un libro misterioso, murmurando algunas frases é hiriendo con su vara la tierra y el libro, dirígese á la joven que espera asustada, pero llena de resignación, los decretos divinos y le dice con voz sobrenatural, inspirada por los dioses:

« ¡ Desdichada... ! ¡ Llama inextinguible... ! Las olas del mar... ! ¡ Léucades ! Consultad á los sacerdotes de Apolo. Un númen superior me impide decir más. »

Y dicho esto desaparece, dejando á Safo en el mayor desconsuelo al tener que interpretar estas enigmáticas palabras. En seguida sale de aquella horrosa gruta con su esclava Rodopa, y se dirige á casa de sus padres, á donde llegó más pensativa que cuando hubo salido, y en la que supo que Faon acababa de embarcarse para Sicilia. Arrójase enton-

res á los pies de su padre y le ruega que le permita seguir al hombre que tanto la hacia padecer; pero comprendiendo el afligido anciano que su desahellada resolucion no podia ser otra cosa sino la idea de un sueño febril, haciendo uso de su autoridad, se opuso a ello resueltamente.

Sin embargo, Safo insistia en su propósito; y entrando en su habitacion, manda venir á Rodopa y le encarga, que tanto ella como su esclavo Clito se dispongan a acompañarla á Sicilia. En efecto, aquella obedeció, y antes que empezase a lucir el nuevo día, burlando el sueño de sus ancianos y afligidos padres, salió del puerto de Mitilene, acompañada de Clito y Rodopa, sus más leales sirvientes, y del dinero de que pudo disponer, dejando de este modo á su triste familia en el mayor desconsuelo.

Al tercer dia de navegacion descubrieron en alta mar la cima del Etna, que arrojaba por su cráter horribles torbellinos de fuego y humo; y al acercarse á la costa, perciben distintamente el ronco bramar de aquel abismo; llegan por fin, echan anclas, saltan en tierra y dan gracias á los dioses protectores de la navegacion. No lejos de allí se elevaba un promontorio, y Safo, arrastrada de su enorme pasion, trepa con la mayor rapidez hasta la cumbre, desde cuyo punto abarca con sus ojos la inmensa extension del piélago profundo, en el cual divisó una navecilla, que venia con rumbo hácia la costa y que devoraba con su vista, por si en ella podia venir el ídolo de su cariño.

Pero luego que llega al puerto, y los que constituian la tripulacion saltan en tierra, conoció que no eran extranjeros, sino habitantes de la isla: uno de ellos, que parecia ser el dueño de aquella embarcacion, marchaba lentamente á lo largo de la costa: Safo entonces desciende del promontorio con la velocidad del rayo, para salirle al encuentro y ver si podia adquirir algunas noticias de Faon. El isleño, al verla, le tiende sus brazos, y teniéndola por una jóven extraviada ó demente, le ofrece su protección, brindándole al mismo tiempo con la hospitalidad, la que ella aceptó gustosa, dándole al mismo tiempo por ello las más cordiales gracias. En esto los esclavos, que esperaban á su dueña á corta distancia del indicado promontorio, llegan con el equipaje y todos juntos se dirigen á casa del desconocido, la cual estaba situada no lejos del mar. Eutiquio, que así se llamaba el isleño, advirtió por el camino en uno de los dedos de Safo un anillo en que estaba grabado el sello de su antiguo amigo Scamandrónimo, con el cual viajó mucho para asuntos mercantiles y á quien queria como á un hermano. Llegan por fin á la casa, y despues de sentarse, Eutiquio rogó á Safo que no le ocultase el objeto que la llevaba á Sicilia y al mismo tiempo que le digese su nombre; en lo cual tenia el mayor interés, añadien-

do que le considerára como un segundo padre: ella al oír tan consoladoras frases, no se pudo contener y le dijo:

«Pues bien, aquí teneis á la infeliz Safo, la hija de Scamandrónimo: y he venido a esta isla en busca de un ingrato, que ha robado hasta el más pequeño átomo de mi vida.»

(Se continuará.)

TOMÁS PERIAGO,

---

## UN AÑO MÁS.

(En un álbum.)

—  
Tenemos un año más,  
Y un año ménos tenemos:  
Tú, niña, te haces más jóven,  
Yo, jóven, me hago mas viejo.

—  
En tí cada año que pasa  
Vá dejando encantos nuevos;  
Y a mí más canas me deja  
En la barba y el cabello.

—  
Para tí el año que acaba  
No tiene tristes recuerdos,  
Y es de esperanzas alegres  
Primavera el año nuevo.

—  
Yo, si atrás vuelvo los ojos,  
Miro los años que huyeron,  
Que á mí me parecen muchos,  
Y los pasé en un momento.

—  
Campos, arroyos y flores  
Tu pincel trasladada al lienzo;  
Yo solo copio en mis cuadros  
La humanidad en invierno.

—  
Un año empieza, otro año,  
¿Qué es lo que vendrá á traernos  
A tí esperanzas y flores;  
A mí doce meses ménos.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

---

## LA ENVIDIA.

—  
Pálido el rostro, enflaquecido el cuerpo, mirada torva, lívidos dientes, entrañas de hiel, lengua venenosa; sin que aparezca en sus labios la sonrisa, mas que cuando contempla el dolor y las lágrimas: he aquí la pintura que de la Envidia hace la Mitología.

Monstruo informe, que se deleita en el mal ajeno,

alimentándose con fruición de las desgracias de la humanidad que padece: buho miserable, cuyos desacordes acentos son siniestros augurios en la callada noche: nube cenicienta, que oculta la claridad del sol, llevando en su seno la desolación y el espanto: laguna de turbias aguas, que inficiona con sus emanaciones mortíferas la pureza del ambiente; arlusto raquítico, á quien ofende la sombra de la corpulenta encina, no pudiendo crecer junto á sus raíces: hé aquí algunas imágenes, de que podría servirse un poeta para describir la Envidia.

Pasión funesta, que si no da origen á todas las pasiones, las desarrolla y fortalece: hija de la soberbia y del egoísmo, hermana de la ambición, compañera de la ira y de la venganza: por ella entró la muerte en el mundo y con ella todos los desastres que han formado en las sociedades un río de lágrimas y un mar de sangre: pecado que envilece, sentimiento que degrada, pasión que ciega, enfermedad moral del alma, en que la caridad se paraliza, móvil de los más negros instintos del corazón humano: he aquí la opinión probable de un moralista ó de un filósofo acerca de la Envidia.

Mas yo que no me precio de filósofo, ni de moralista, ni poeta, (aunque me honraría mucho con serlo) confieso que carezco de frases que expresen con viveza los funestísimos efectos de esta pasión detestable, reconociendo al mismo tiempo que lo mucho que se ha dicho, todavía no es lo bastante para prevenir al mundo contra ella.

¡Ojalá pudiera yo bosquejar en un cuadro dibujado con maestría los resultados perniciosos de la Envidia, para inspirar repulsión hacia un vicio tan feo y aborrecible! ¡Mas qué he de hacerle! Un principiante solo puede dar algunas imperfectas pinceladas.

La envidia es el sentimiento más comun en los hombres que valen poco; al mérito verdadero no causa pena la felicidad de los demás, ni se preocupa porque sean honrados y estimados; contento con lo que le ha tocado en suerte, respeta al superior, procurando aprender de él lo que no sabe, y no desdeña al inferior, á quien reconoce como su igual en naturaleza y quizá con mayores merecimientos.

La soberbia es una pasión que puede alguna vez tener cabida en un alma grande: la envidia es solo patrimonio de las almas pequeñas.

La envidia procede de un sentimiento de inferioridad desechado, ha dicho un autor célebre. El envidioso reconoce que su antagonista vale más que él, y por eso le odia. El efecto de la soberbia es un desprecio inmerecido de los demás; el de la envidia es un aborrecimiento reconcentrado.

Si yo fuera pintor, figuraría la Envidia con la tea de la venganza en la mano, en su rostro la expresión del disimulo, la caridad aprisionada á sus plantas, y el emblema de la soberbia en su frente.

La humildad y la envidia, siendo opuestas entre sí, tienen sin embargo un punto de contacto; ambas se fundan en el conocimiento de sí mismo: solo que la humildad conociéndose, induce al hombre á ocupar con gusto el puesto que le ha cabido en la creación; la envidia no puede sufrir la inferioridad que conoce.

La humildad no se hace ilusiones, y confiesa la verdad de su estado; la envidia hace creer al hombre que vale mucho, en tanto que la pasión que le domina está confesando su baja.

La humildad conoce la verdad y la ama; la envidia la conoce también y la detesta.

La humildad confiesa ante Dios su flaqueza y no desdeña el auxilio de los hombres; la envidia hace que el hombre arguya á Dios en el fondo de su alma, y teme rebajarse, si pide consuelo á su adversario.

La envidia es retraída, la humildad expansiva.

La envidia es la miseria de nuestro conocimiento: la humildad es el conocimiento de nuestra miseria.

Por eso la humildad es como la modesta violeta, que abre con timidez sus hojas á las brisas de los jardines, y no pretende brillar entre las flores sus hermanas: la envidia es como la serpiente astuta, que rastreando siempre por el suelo, solo se levanta para hacer daño á los hombres.

El envidioso es hipócrita; teme herir de frente y se esconde entre las sombras, agitando en sus manos el sangriento puñal para dar muerte á su víctima.

Preséntase entonces la envidia vestida de máscara, y su mentida lisonja es el dulce veneno, que oculta por medio de las palabras la intención dañada del corazón.

Por eso ha dicho un poeta:

« De la envidia monstruo infame,  
Disimulado en lisonjas,  
Como entre flores el áspid. »

Las pasiones halagan y después envenenan: La envidia se apodera por completo del espíritu, y luego es su ineludible tormento. La serpiente se oculta entre la yerba; la sirena no tiene piedad con el que se acerca á escuchar sus engañosos cantos.

¡Cuán hermoso es ese ángel que llamamos Caridad, que vela á la cabecera del enfermo, que está al lado de la cuna del niño, que sabe perdonar las culpas, estimar el mérito, y disimular los defectos!

¡Cuán asquerosa es la envidia, que hace del hombre un lobo para otro hombre, que rebaja los nobles sentimientos, que impulsa á los más horrendos crímenes!

La envidia es el aborrecimiento, la caridad es el amor: ¿Hemos nacido para aborrecer ó para amar? La respuesta que á la vez nos dé el sentimiento y la conciencia, sea la regla constante de nuestras acciones.

¡Feliz la sociedad, si jamás se separará de ella!

ANTONIO GAYÓN.

## ESCRIBIR POR HACER ALGO.

Hace tiempo que al frente de un escrito  
No recuerdo de quien, aunque era bueno,  
Ese epígrafe vi que ahora repito,  
Y que quiero que conste que es ajeno.  
Al mirarlo me dije: afortunado  
Ha de ser el autor de estos renglones,  
Cuando á fuerza de estar desocupado  
Se quiere entretener con los borrones.  
No todos tienen dicha tan preciada:  
Yo deseo escribir por no hacer nada.

Los diversos quehaceres  
Que tienen las mujeres,  
Fueron siempre en lenguaje masculino  
Dar inútiles vueltas de continuo.  
Yo quisiera alcanzar de los señores,  
Que con labio sincero  
Confesáran al cabo sus errores:  
Que siquiera nos diesen la ventaja  
Dentro de nuestro hogar, donde los hombres  
No saben de las cosas ni aun los nombres  
Y le llaman á todo zarandaja:  
Que viesen que entre grillos y cadenas  
Alientan las mujeres desdichadas,  
Para estar en el mundo bien miradas  
Y dignas ser de que las llamen buenas:  
Que con virtud y con amor profundo  
Solicitas están de sus deberes,  
Formando así la dicha las mujeres  
Del hogar, de los pueblos y del mundo.  
Y tal vez mi rencor se extinguiría....  
Y no les probaría  
Que quizá con más tino y más destreza,  
Podríamos hacer lo que ellos hacen  
Sin calentarnos mucho la cabeza.

Dicen que no servimos  
Para tratar asuntos del Estado,  
Y que necias é inútiles nacimos,  
Para el cargo de Juez y Magistrado.  
Dicen con un desien que me hace gracia,  
Que ninguna sabemos  
Cuestiones arreglar de diplomacia,  
Y dicen mil sandeces a este paso  
Que hablando la verdad no son del caso.  
Yo respondo á los cargos que nos hacen  
Que cambien el papel y nos complacen:  
Para hacerlo tan mal, tan mal como ellos  
¿Se nos caerían nunca los cabellos?  
Si eres franco y sincero ¿qu? me dices  
¡Oh lector! ¿de juristas doctorados?  
¿Cuántos hay con su toga tan hinchados  
Y no ven más allá de sus narices?  
Sin pasar á otro punto yo quisiera  
Que la mujer á cátedra asistiera,  
Y podría juzgarse de ese modo,

Teniendo la experiencia ya alcanzada,  
Si no sirve en el mundo para nada  
Ó si al contrario sirve para todo.

¿Y necesita acaso mucha ciencia  
O la larga leccion de la experiencia,  
Ir al congreso con la frente alzada,  
Sentarse en un escaño,  
Y mientras pasa un año y otro año  
Hablar y más hablar sin hacer nada?  
Por propia confesion de ellos sabemos  
Que llenas de ese don todas nacemos.  
Y en cuanto á diplomacia.... yo les juro  
Que el más listo se trueca en un bolonio,  
Si forma la mujer un plan seguro  
En la grave cuestion del matrimonio.  
Pero... debo callar, pues estoy viendo  
Que traspaso los límites marcados,  
Y á mi sexo infeliz estoy mordiendo  
Por mirar la cuestion de muchos lados.

Yo queria decir, y no lo dije,  
Que esos muchos quehaceres  
Que en más de una ocasion ciega maldije,  
Para muchas no tienen ningun peso,  
Mientras pesan á algunas con exceso.  
La que solo se cuida de su casa,  
Cumpliendo la mision que Dios le diera,  
El buen nombre conquista de casera  
Y muy tranquila su existencia pasa.  
Más la que tiene la fatal manía  
De dar culto y honor á la poesía  
Y quiere ser casera y escritora,  
Reniega de la suerte á toda hora,  
No le es dable escribir cuando desea,  
Porque otra cosa su atencion reclama.  
Y se enoja, se irrita, llora, clama,  
Y con su misma sombra se pelea.

¡Tormento sin igual! Esas señoras  
Ínsignes escritoras,  
Cuyo trabajo en suma  
Es cuidar del tocado y de la pluma,  
Vivirán descansadas  
En medio de faenas tan sencillas,  
Y podrán escribir tantas cuartillas  
Como yo doy al día de puntadas:  
Les envidio la suerte, no lo niego;  
Pero creo con fé que esas mujeres  
Han de llevar algun desasosiego,  
Por no tener cumplidos sus deberes.  
Escritora y casera  
Ninguna puede ser, yo lo aseguro;  
Podrá con grande apuro  
Dar expansion á medias á su mente,  
A medias asistir á lo ordinario:  
Y si alguna sostiene lo contrario  
Que vaya y á su abuela se lo cuente.  
Quizás el Génio nuestra mente inflama

Para mostrarse osado  
De la atrevida y presuntuosa dama  
Que cantando se engríe demasiado.  
Queriéndole probar que no podemos  
Por mucho que cantemos,  
Conquistar á la patria la ventura  
De una nueva y feliz literatura:  
Ni siquiera volverle aquellos días,  
Que así nunca llegarán á su ocaso,  
En que escuchaba tiernas melodias  
De Herrera, de Leon y Garcilaso.  
Dentro de la familia si queremos  
Siempre se harán revoluciones varias,  
Pero en tal condicion nunca podrémos  
Hacer revoluciones literarias.  
Dejemos ya la lira, y de ese modo  
Contarán los señores,  
Que en el hogar buscamos nuestras flores  
Y que somos *caseras sobre todo*.

Más perdonad, señoras,  
Las que por dicha vuestra habeis nacido  
Con el génio feliz de las cantoras,  
No dejéis el laud; yo me olvidaba  
Que á toda criatura  
En proporcion del mal que la atormenta  
Los remedios el cielo le procura.  
Y así como el que gime entre cadenas  
Con alegres cantares  
Endulza la amargura de sus penas,  
Así para aliviar nuestros pesares  
El sumo Dios á nuestro mal atento,  
Nos dió un arpa querida que exhalára  
Suspiros de pasion y sentimiento.

ELADIA BAUTISTA Y PATIER:

## LA CASTELLANA DE KINNHAS (TRADICION ALEMANA)

(Conclusion.)

Habia pasado un año de este suceso: el castillo de Kinnhas continuaba en pavorosa soledad: las aldeas y caseríos vecinos abandonados dejaban ver que no habia cesado la causa por la que sus moradores huyeron de aquellos sitios: la aridez de las tierras bajas y los espesos matorrales que cubrían los montes y colinas eran señales de la desolacion que habia llevado al país la castellana. En el fondo del precipicio veíanse pedazos de armaduras, y algunos huesos blanqueaban insepultos. Dos ó tres cuervos cerníanse en el aire esperando algun otro festin ó buscando algunos restos que devorar.

Espesos nubarrones avanzaban por el Norte cargados de electricidad y la calma que se notaba en la atmósfera presagiaba una tempestad.

En uno de los salones del castillo veíase á Adelaida más sombría que habia estado hasta entonces. Comprendíase que estaba dominada por la cólera y

el despecho en aquellos instantes y así era en efecto: hacia un año que nadie se habia acercado al castillo; y esta indiferencia hácia ella habian revelado su orgullo de hermosa y de mujer hasta el punto de no acordarse de la terrible prueba que habian de sufrir sus adoradores, y creyéndose pospuesta á otras tenía celos de todas las mujeres.

Su despecho llegaba á su mayor grado, cuando se oyó el sonido de una bocina. Una sonrisa de triunfo dejóse ver en sus labios y esperó con impaciencia hasta que un escudero apareció en la puerta.

— Señora, dijo: Un Caballero desea hablaros.

— Quién es? preguntó Adelaida con impaciencia.

— Trae la celada baja; en su escudo no se vé divisa alguna y os suplica que no le obligueis á romper el incógnito.

— Está bien, condúcelo á mi presencia, dijo la castellana.

Marchóse el escudero y ella quedó sumida en profunda meditacion hasta que se oyeron pasos en la antecámara y entró en el salon un caballero cubierto por una fuerte armadura y precedido del escudero; éste se quedó próximo á la puerta. Aquél avanzó hasta llegar á pocos pasos de Adelaida que, fijas en él sus miradas, queria adivinar á través de los hierros de la celada quién pudiera ser. Permanecieron algunos segundos contemplándose en silencio que rompió el encubierto.

— Señora, dijo: Disimulad si quiero conservar el incógnito, á pesar del interés que por conocerme revelan vuestras miradas. Es un voto que tengo hecho y que vos no querréis que rompa.

— Podeis continuar así caballero, dijo Adelaida, que habia sentido un ligero estremecimiento, al escuchar el acento de este, y desde luego espero me digais el bojeto de vuestra venida.

— La fama de vuestra hermosura ha llegado á mis oidos y hecho nacer en mi alma un intenso amor. Sé la prueba á que someteis á los que aspiran á vuestra mano y mi objeto al venir aquí era arrostrarla, siempre que me concediérais vuestra licencia. Hoy que os he visto, mi pasion no encuentra limites y os suplico que no me negueis el señalado favor de arrostrar por vos ese efímero peligro.

— Teneis mi licencia, dijo la castellana, presa de una violenta emocion; pero hoy no haréis la prueba. La tempestad avanza y vuestro caballo espantado por ella puede haceros sucumbir. Mañana podréis efectuarla con más probabilidades de triunfo.

— Me atrevo á pedir os que no lo demoreis; mi caballo obedece al freno y harto acostumbrado está al fragor de los combates para que pueda asustarle esa tempestad del cielo, ménos peligrosa que las de la tierra.

— Pero yo no puedo consentir que....

— Señora, la interrumpió el encubierto con resuelta voz; Hoy ha de ser pues no quiero combatir tanto con la duda que me domina: quiero morir ú obtener vuestra mano, mi resolucion es irrevocable. Perdonad si soy descortés; pero ya comprenderéis los motivos que me obligan á ello.

— Está bien; pues lo quereis, id y que la fortuna os acompañe; dijo Adelaida, haciendo un violento esfuerzo.

El caballero se inclinó y salió precedido del escudero. Ella se dirigió al salon cuya ventana caía sobre la parte peligrosa del muro; en su semblante se retrata-

ba un profundo malestar y disgusto. Adelaida sin saber por qué amaba á aquel hombre.

Poco después de sentarse al lado de la ventana oyéronse los pasos del caballo y enseguida apareció avanzando hácia el paso fatal; la castellana sintió que se oprimía su corazón, su respiración era fatigosa, su vista se nublabá, y su semblante más lívido que de costumbre indicaba la terrible lucha que sostenía. Falta de valor cerró los ojos y al poco rato un grito de júbilo que resonó en el castillo se los hizo abrir y vió al caballero que había salvado el peligro y continuaba su camino, su corazón se sintió libre del peso que tanto le había hecho sufrir, y en su pecho nació la esperanza por la que tanto suspiraba hácia cortos momentos. La venganza de su padre había desaparecido de su imaginación. En este momento un cardeno relámpago cruzó rápidamente el espacio seguido de un trueno algo lejano. Poco después la atmósfera se había oscurecido casi por completo, y la tempestad avanzaba rápidamente sucediéndose en cortos intervalos relámpagos seguidos de truenos cada vez mayores.

Adelaida había vuelto á sus temores pues la prueba una vez comenzada no se podía suspender: oyéronse las pisadas del caballo volvió á aparecer acercándose hácia el peligro: ella fijó sus miradas en el caballero, esperaba con ansiedad el instante en que volviera á ser feliz en su empresa: el caballo con lento paso empezó á recorrer el fatal trayecto, un vivo relámpago cruzó el espacio seguido de un espantoso trueno, la castellana lanzó un grito y cerró los ojos, que abrió cuando los vitores que resonaban en el castillo le anunciaron que por segunda vez había vencido el caballero. La tempestad iba á ostentarse con toda su terrible magestad, y gruesas gotas de agua se desprendían de las nubes.

Apareció el encubierto por tercera vez entonces marchaba con suma lealtad: el muro humedecido por la lluvia podía hacer resbalar al caballo ¡sin embargo lo cruzó con felicidad y poco después, entre los gritos de la alborozada servidumbre, era conducido en triunfo al salón donde, trémula de gozo y sintiendo por él una pasión dominadora, lo esperaba Adelaida. *Estaba escrito* diríamos siendo fatalistas! en muy breve espacio había nacido aquel amor y había llegado al más alto grado de la pasión.

— Caballero, dijo Adelaida: vuestra es mi mano. Doy gracias á la fortuna que os ha hecho salir triunfante de la prueba en que han sucumbido tantos valerosos caballeros. Yo os amo. Podéis alzar vuestra celada.

— Señora, constestó friamente el encubierto: seréis mi esposa, mas con una condición.

— Oh! dudáis de mi amor....

— En verdad que de un amor tan repentino y no conociéndome no hago muy mal en dudar; sin embargo una prueba....

— Una prueba ¿cuál? decidlo y veréis que no en valde os digo que os amo.

— Es muy terrible....

— Terrible... y en su ánimo entró la vacilación; sin embargo el frenesí que la embargaba hizo que se decidiera y exclamó:

— Sea lo que quiera, estoy pronto á ejecutarla.

— Pues bien, Señora, dad á caballo tres vueltas al muro.

Ella sofocó un grito de satisfacción; no esperaba

salir tan bien librada; tenía una yegua acostumbrada á pasar todos los días por el muro y en todo tiempo varias veces; la consideraba segura: así es que después de despedirse del caballero salió de la habitación, dando orden para que le prepararan la cabalgadura.

El caballero se colocó en la ventana; al rato apareció Adelaida por el muro; su yegua entro con seguro paso por el sitio peligroso y, al salir de él, contuvo nuestro encubierto un grito de rabia. Los truenos y relámpagos continuaban sucediéndose sin interrupción, y la lluvia aumentaba por momentos. La Castellana cruzó por segunda vez el fatal paso, lanzando una mirada de triunfo al caballero que exhaló otro grito de rabia, volvió á aparecer Adelaida sobre el muro y avanzó con lento paso; pues la tempestad crecía por momentos y ya había un verdadero peligro para ella; sin embargo, comenzó á pasar con felicidad: cuando estaba cerca del terreno firme (si así podemos llamar á lo restante del muro) dirigió una radiante mirada al encubierto; cruzó un relámpago por el espacio é iluminó lívidamente el semblante de este que acababa de alzarse la celada. Adelaida lanzó un grito de espanto quiso hacer retroceder á su cabalgadura que encabritándose cayó en el precipicio arrastrando á la castellana, que solo pronunció el nombre de Guntaro.

La servidumbre del castillo aterrada, pues muchos habían oído el nombre que dijera su señora al caer en el abismo y visto el rostro del caballero, abandonó la fortaleza.

Ahora digamos quién era el caballero cuyo rostro había causado tal catástrofe. Llamábase Maximiliano Jutxen; era hermano gemelo Guntaro con el que tenía un gran parecido, que fué causa de que la castellana creyera que era éste: había sabido la desastrosa muerte de su hermano, y vió morir á su madre del dolor que le causara la fatal nueva que le llevó el escudero y juró vengar ambas muertes.

Construyó en su castillo un muro que fué elevando poco á poco conforme acostumbraba á pasar á su caballo, y cuando supuso que no había peligro en hacer la prueba solemne, partió al castillo donde ya hemos visto el resultado que fué casi completamente casual.

Poco después de la muerte de Adelaida salió del castillo dirigiéndose hácia el suyo, donde permaneció algún tiempo hasta que empezó á tener remordimientos del acontecimiento referido, pues comprendió que solo Dios es el que debe disponer de las vidas de sus criaturas predilectas y marchó á hacer penitencia á Jerusalem, muriendo á su regreso en un naufragio que acaeció a la galera que lo conducía en las costas de Chipre.

CARLOS BARBERAN RODRIGO.

Mucho agradecemos á aquellos de nuestros colegas que han reproducido algunos de nuestros escritos, la distinción que con ello nos han hecho; pero les recordamos que en ese caso no deben olvidar ni el nombre del autor, ni el de nuestra Revista cómo hasta aquí ha venido sucediendo con algunos.